



Fotografías: Alejandro Arteaga

# Una vieja historia de mafias

Jaime Augusto Shelley

AL SALIR DE UN ALMUERZO en la casa del licenciado Casasús, director del Banco Central y hombre influyente en el régimen de Porfirio Díaz, Amado Nervo invita al recién llegado a la capital, el Dr. Enrique González, a dar un paseo con él. No eran amigos; el poeta jalisciense acaba de llegar y ése era su primer acto social. Cuenta el gran poeta en sus memorias recogidas en *El hombre del búho* (México, 1944):

Amado quiso contarme confidencialmente sus andanzas capitalinas. Veía mi “caso” semejante al suyo, y se propuso limpiarme el alma de infundados optimismos. [...] Pensaba, como yo, en la acogida cariñosa de los compañeros de letras; soñaba en una camaradería perpetua, en una noble bohemia de artistas [...] creía, con su ingenuidad de provinciano, en la comunión de los poetas como en la comunidad de los santos. ¡Qué diferente fue su noviciado capitalino! [...] donde aguardaba admiración y afecto, encontró envidia y egoísmo, los compañeros eran rivales dispuestos a defender la pitanza que la Subsecretaría de Educación, más bien dicho, Don Justo Sierra, prodigaba generosamente a los allegados [...] Todavía ahora —me dijo— soy para mis compañeros un extraño, si no un enemigo. Mentira que gusten de mis versos, mentira que me sientan suyo. Hay entre mis amigos de letras y yo un fingimiento eterno; ellos fingen estimarme y quererme, y yo finjo creer en su estimación y en su cariño...

Así describe el autor de *Tuércela el cuello al cisne* sus primeras experiencias con la *mafia* cultural de la época.

Esas cúpulas de poder siempre han existido en México, desde la Colonia, pasando por los constituyentes (liberales y conservadores) que

inventaron la República Mexicana y los del grupo neoconstituyente juarista, al que sigue éste, al que nos trae González Martínez en esas memorias de prosa prístina.

Es tradición venida, suponemos, primero de la Corte de la España medieval y, luego, de la Francia decadente. No son casos novedosos ni excepcionales. Aunque poco o nada se diga de ellas en su momento, cumplen con el propósito de legitimar y dar credibilidad a un régimen, ensalzarlo y, en general, dar lustre al gobierno en turno. Los dos presidentes panistas que hemos padecido en fechas recientes, venidos de una subcultura empresarial, provinciana y aterradoramente limitada, han dado al traste con una costumbre.

Hasta el más espeluznante de los mandatarios priistas, Díaz Ordaz, supo asesorarse por los más destacados intelectuales de su tiempo.

¿Quién asesora ahora al todavía presidente?

Es evidente que el tema le parece insignificante. Las personas que administran la vida cultural de este país parecen más bien vendedores de seguros, lanzando a grandes voces reclamos de eficiencia y productividad en ámbitos que requieren intelecto y sensibilidad.

No soy historiador, ni me interesa agotar al lector con minucias al respecto, de modo que si mi escaso conocimiento de estas formaciones de sociedades semisecretas me lo permite, debo pensar en el grupo que dominaba el plano intelectual en la época de Benito Juárez como paradigmático, al que sucede, al parecer, como mera transición, el que acompañará al general Díaz a lo largo de su prolongada ocupación de la silla presidencial.

Consolidada la Revolución, con Obregón y luego Calles como mandatarios, se sigue con la improvisación puesta en marcha a partir del breve paso de Madero por la Presidencia.

Los revolucionarios son gente de armas, carecen casi por completo de gente de razón. Sólo un puñado de jóvenes adheridos a las causas libertarias tiene educación y puede emitir un discurso inteligible. Los nuevos gobernantes se ven precisados a extraer de



Tumba de Enrique González Martínez

las clases medias (que, por cierto, no les son afines ideológicamente) a los funcionarios que habrán de realizar las funciones de la diplomacia, las bellas artes y la educación. Y así nos encontramos con gente venida del Ateneo, de antiguos miembros del grupo de los Científicos y los protegidos por éstos, que es el caso de los exquisitos jóvenes conocidos como los Contemporáneos. Destaca en ese periodo la figura de Vasconcelos, que logra reunir a su rededor a un numeroso grupo de artistas plásticos, escritores e intelectuales y, por supuesto, periodistas y sempiternos vividores fósiles que habrían de darle nueva vida a nuestra anquilosada comunidad, todavía muy decimonónica.



Este México nuestro, *tan lejos de Dios*, sufre hoy día un curioso vacío de poder (sin duda, reflejo del que priva en las demás actividades del país, excepto en los exitosos contubernios empresariales, nacionales y extranjeros).

A la muerte de ese gran manipulador/manipulado que llegó a ser Vasconcelos, pese a su escaso don de gentes, las bandas a su servicio iniciaron una lucha intestina por el poder, de la que salieron algunos muy mal parados y otros volvieron a la sombra, a la espera de mejores condiciones para escalar.

Esta ausencia de liderazgo ha permitido que locutores y otros vendedores de productos “milagro” hayan ocupado las plazas desiertas. La explicación oral de nuestra realidad cotidiana, salpicada de imágenes seleccionadas para reforzar la veracidad de lo expuesto, es obviamente una vívida imitación de lo que se hace en las entrañas del imperio: suplantar el análisis por una explicación digerida políticamente correcta.

¿Extrañar a Octavio Paz? Nunca.

Pero ¡llegar a esto!

Y arribados a este fin de una época que no es trágico, sino más bien grotesco, incluso ridículo, se augura un nuevo principio —como corresponde a nuestra visión dialéctica de la Historia—sin dejar de ser parte del desarrollo propio de nuestro crecimiento.




Prefiero, entonces, para terminar y con ello disipar la amarga vuelta a pasados recientes, regresar a nuestro

viejo maestro y memorioso poeta para recuperar esos dulces, inmutables días de 1905, cuando, invitado por López Portillo y Rojas, historiador jalisciense de renombre, a un almuerzo en su honor, olvida su intermediario amigo decirle dónde va a ser el ágape.

Topa en su recorrido González Martínez, en su febril búsqueda del lugar, por las calles del centro, con Amado Nervo, y éste lo convence de olvidarse de esa comida y de ir con él al restaurante Roma, sito en la vieja calle de Vergara, que tenía “listos y apetitosos los espagueti y a la temperatura debida las botellas de Chianti”, arguyendo que ya era demasiado tarde (las tres de la tarde) para alcanzar a su partida. Comen, beben, departen y al ir por el “segundo plato” les sorprende una copiosa nevada que se abate sobre la ciudad de México, misma que habría de tardar dos días en disiparse de las calles.

Hoy, en vez de disfrutar tan evocadores y singulares momentos con un dejo de envidia, oiríamos a los tecnócratas del momento armar, con ello, un escándalo sobre las consecuencias del cambio climático y aprovechar para crearle a cualquiera de los gobiernos local o federal, para el caso es lo mismo, un serio problema electoral.

Todo se vale cuando se trata de sacar al buey de la barranca. 



Tumba de Amado Nervo  
en el Panteón Civil de Dolores